

JOAQUÍN LOBATO

Querido Joaquín¹

Querido Joaquín:

Ya no puedo escribir el texto que me planteaba hace unas semanas. Dudaba si hacerlo sobre esos cuadros neocubistas que tanto me habían gustado, o sobre tus retratos, tan atractivos, o tus dibujos que son poesía hecha imágenes, escapadas de los libros.

Pero hoy no puedo escribir sobre arte. Quiero hablar contigo, con tus personajes, arropada por ellos, los que me acompañan desde hace tantos años en casa, en mi cuarto de trabajo, y ante los que he pensado y reflexionado sobre tantas cosas, mirándolos sin verlos, a veces, porque son una imagen habitual en mi entorno, pero siempre trasladándome tu simpatía, tu vivacidad, tu afecto.

Ahora los miro y en cada uno de ellos te imagino haciéndolo, pensándolo. Ese desnudo moreno y estilizado sobre una playa de colores, tan reposado y cándido, aunque sin renunciar a la sensualidad de la forma. O esos rostros de hombres y mujeres, inconfundiblemente personales, aparentemente muy simples pero bien definidos con escasas y sencillas líneas, de miradas profundas, muy expresivas, con algún detalle más ingenuo que enfatiza la espontaneidad de su concepción; algunos están perfilados con rotulador, de esos que tienes muchos en tu mesa de trabajo, y con los que has sido tan generoso en pequeños dibujos y preciosas dedicatorias.

Pero también me detengo en los textos, y releo la historia de Encarnación, siempre vestida de azul marino y escuchando la radio. ¿Cuántas historias te narró cuando te hacía sentar a su lado?, muchas más de las que se pueden contar con los dedos de una mano, esos tan grandes que sostienen su pequeña flor, y ella, con sus ojitos redondos y su boca de piñón, se va a la playa, se va a rezar, esperando posiblemente a alguno de sus pretendientes perdidos.

O tu “Poeta antiguo”, que a mí me mira, expresando siniestras ideas que te sugirió un día el “Guernica” de Picasso; ideas de sangre, de armas, de heridas, de súplicas, de lamentos, de gestos lastimados, de mares perdidos, de planetas asfixiantes, réquiem inacabado, funeral constelado en el incontrolable llanto de los pétalos. Porque tú, tan alegre, al menos aparentemente, puedes escribir las cosas más desdichadas.

No me mira a los ojos el niño del carrito y la camiseta de rayas, porque me siento de espaldas a él. El niño serio pero el más entrañable, el del tío mantequero y la bruja urraca, el que más querían mis hijos que, cuando eran pequeños, siempre me pedían que les contara tu poesía, la del niño que la cuca le cortaban si se orinaba en la cama.

Esta tarde, caminando por Vélez -tan querido también para mí-, después de darte un último adiós en la parroquia de San Juan, pensaba que, como poeta que pintas, como pintor que escribes, siempre has tenido tan presente a tu ciudad, en tu obra, en tu vida, en tus relaciones con los amigos, que la has convertido en un poema, hoy más triste.

Málaga 8 de abril de 2005.

¹ Texto del catálogo de exposición póstuma “Joaquín Lobato. Pinturas”, celebrada en 2005 en la Sala de Exposiciones de la Universidad de Málaga, en colaboración con el Centro de Tecnología de la Imagen (Comisario: Javier Ramírez), pp. 19-20 .